decirlo así) pródigo, podia llamarse VALFRE. Habiendo entendido que una noble muger viuda, con dos hijas casaderas, vivia con mucha honestidad, y no tenia con qué pagar el alquiler de la casa; haciéndola llamar, le dió cien escudos de oro. A una familia en que habia tres jovencitas, las cuales por causa de la miseria estaban en algun peligro, les dió mas de seiscientos escudos, para que casándose las tres, pasasen en gracia de Dios su vida. Una doncella nobilisima, habiendo caido por igual motivo en una falta grave, doliéndose sumamente SEBASTIAN del suceso, y temiendo nuevas caidas, ocurrió al Banquero Lorenzo Quaglia, hombre rico y liberal con los pobres, y apenas le dijo tener necesidad de dar el dote á una jóven noble, recibió de él mil escudos, que sirvieron á casarla convenientemente; y así pudo proveer á el alma y al honor de aquella, que vino á ser ejemplo y espejo de madres de familia.

Dos cosas me parece deben notarse aquí: la primera, que VALFRE queria que la caridad fuese ordenada; habiendo muchas veces, aun en la mayor necesidad, rehusado limosnas de los ricos, cuando sabia haber pobres en los lugares en que ellos tenian sus bienes. La otra, que él fué constantemente generosisimo, aun con aquellos

que lo habian burlado, y abusado maliciosamente de sus beneficios. Y esto servirá para conocer, qué peso debe darse á las escusas de los que dicen, no hacer limosnas para no fomentar la ociosidad de los vagamundos, los cuales podrian, si quisiesen, trabajar y ganarse el pan. Escusa es esta llamada vana por San Juan Crisóstomo, y propia de aváros que con tal pretesto quieren cubrir su avaricia. Recuerden estos, que Dios no será Padre amoroso, sino Juez severisimo con aquellos, que teniéndo escrúpulo de dar una corta limosna para no fomentar el ócio, no tienen escrupulo de gastar largamente en banquetes, en teatros y disoluciones.

CAPITULO XIII.

Modo extraordinario con que el Beato Sebastian hallaba limosnas y conocia las necesidades de los pobres.

Es cosa ciertísima, que la mayor parte de las limosnas hechas por el B. SEBASTIAN, se deben reconocer como emanadas de la piedad de las personas ricas, que le daban mucho dinero, seguros de que lo distribuiría mejor que otro ninguno. Ni se debe olvidar, aquel que la Duquesa Regente y el Rey Victorio Amadeo po-

mian en sus manos, para proveer á las necesidades de sus amadísimos súbditos, *no teniendo*, así lo decian, *en todo el Estado, de quien poder fiarse mejor en materia tan delicada.* ¡Tanto era el aprecio que de su santa vida se hacia por todos y por los mismos Soberanos! Pero que un hombre, disfrutando el crédito y reputacion general de todos, tuviese tesoros que distribuir, y obtuviese en bien de los pobres cualquiera cosa que pidiese, no es cosa que debe admirar mucho; lo maravilloso es, que algunas veces, faltando el socorro de los hombres, parece que el mismo Dios, de un modo estraordinario, ocurriese á ayudarle. Un dia (y era en año de gran carestía) aquel Vice-párroco Antonio de Filippi, que hemos nombrado en otra parte, habiendo venido á la Congregacion á hablar con el Padre SEBASTIAN, lo encontró que alegre sobremanera estaba en la puerta de su aposento; y apenas le vió, oyó que le decia: *Buenas nuevas, Señor de Filippi: hace poco estaba muy afligido y doliente por no tener que dar á aquella multitud de pobres, que sabeis tenemos actualmente aquí; pero ahora estoy estremadamente alegre y contento; porque he sido proveido superabundantemente. ¡Cuan cierto es que Dios no abandona jamás á quien confia en él!* Y al

decir esto le manifestó una bolsa llena de oro, diciendole, se la habia llevado aquel jóven, con quien lo habia encontrado hablando: *pero*, añadió, *yo creo que él no gusta de ser visto; porque al presentaros vos, sin despedirse siquiera, se ha marchado de aquí. Sinembargo, tengo firme esperanza de volverle á ver y recibir de él otros socorros.* Pero ni Filippi habia visto á ninguno, ni tampoco el portero de casa. No esperó en vano VALFRE. Una mañana que se habia quedado sin un real, mientras se ocupaba en la iglesia en confesar, se le acercó el mismo jóven, y le dió otra gran suma de dinero: lo cual no fué advertido de nadie, aunque mucha gente rodeaba su confesonario.

Finalmente, omitiendo muchos de estos sucesos, solo añadiré: que SEBASTIAN, una noche, volviendo de la iglesia á su aposento, que al salir habia cerrado con la llave particular y no con la comun, encontró sobre una mesa trescientas monedas dentro de un talego; no habiendo jamás llegado á saber, quien y como las puso allí. Y debe notarse, que él se hallaba en grandes angustias; porque no teniendo mas que dar, no sabia ya á quien recurrir. Por esto se habia estado toda la mañana en la iglesia ánte el altar de S. Felipe, rogándole fervorosamente

le prestase medios de poder proveer á tantas familias, que en la miseria en que estaban, se conservaban fieles en el santo temor de Dios. Pero, si muchas veces eran estraordinarios los auxilios que tenia SEBASTIAN, no eran menos estraordinarias las maneras con que conocia las necesidades de los pobres. En el año de 1668, en tiempo de invierno, entrada ya la noche, estando lloviendo estremadamente, llamó á Nicolás Tassarotto, Hermano del Oratorio, hombre piadosísimo y muy confidente suyo, y le dijo: que era absolutamente indispensable partiese al momento, á llevar una limosna á una pobre familia que se hallaba en grande necesidad. Inmediatamente salió Tassarotto, á pesar de aquel diluvio, á la casa que se le mandaba, y halló á cuatro niños con sus padres, sumergidos todos en el mayor desconsuelo y tristeza; porque no habiendo comido nada en aquel dia, no tenian ni un pedazo de pan que llevar á la boca. Recibiendo esta caridad aquellos infelices, no puede decirse las bendiciones que echaron á su bienhechor, y las gracias que dieron á Dios, que tan á tiempo habia hecho conocer á su Siervo su miserabilísima situacion.

En 1690, estando un dia SEBASTIAN delante de la iglesia de la Congregacion, entregó á

un clérigo que estaba con él cierta cantidad de dinero, para que al momento la llevase á tres forasteros, que en trage de peregrinos encontraría en los portales del palacio de la ciudad. Se dirigió aquel á desempeñar la comision, y vió á los tres forasteros que llegaban en aquel instante, quienes, siendo pobrísimos, no tenian cosa alguna con que sustentarse, ni con que pagar su alojamiento.

Mas no quiero callar el suceso siguiente, el cual me parece no dejará de servir de enseñanza á algunos. Una niña de Vercelli, casada con un jóven de Turin, tuvo la desgracia de encontrarse con un marido, que era mas que hombre, bestia. Este, dominado de los zelos, redujo á la pobre muger (aunque muy juiciosa y de solos diez y seis años) á vivir en una choza, en el campo, no muy lejana de esa ciudad. Estando siempre encerrada allí la infelíz jóven, no tenia sino un poco de pan; y (lo que nunca se ha oido desde que el mundo es mundo) ni aun la cantidad suficiente de agua para poder apagar la sed. Habiendo pasado de esta manera mas de un año, sin haber podido jamás dar un paso fuera de allí, un dia se quejó dulcemente un poco con el marido que así la trataba, rogándole eficázmente con las lágri-

mas en los ojos, que la sacase de aquella prision y la volviese á su gracia. Pero, ¿quien lo creeria? El hombre bestial, en lugar de condescender á las humildes súplicas de su muger, irritado á lo sumo, la injurió villanamente, y la golpeó de tal manera, que poco faltó para que le sacase el ojo izquierdo, el cual le quedó cárdeno y tan hinchado, que parecía quererselle saltar. Cerrando en seguida con el mayor despecho la puerta, y llevándose consigo la llave, segun lo acostumbraba, dejó abandonada á su esposa, sin darle un pedazo de pan. Inconsolablemente lloraba la infelíz, y estaba agitada de mil tentaciones, aun de darse la muerte; pero mientras luchaba con tantas angustias, vió de improviso abrirse la puerta de aquella su cárcel, y entrar al Padre SEBASTIAN, á quien no conocía. Al mirar á aquel religioso de un aspecto tan venerable, entrado allí de tal suerte, quedó por un momento consolada la muger; pero entrándole el temor, le suplicó se retirase; porque si su marido lo encontrase con ella, sería mal para ambos. Entónces el Beato la aseguró de sus temores, le dijo quien era, la sanó del ojo que le causaba dolores de muerte, le dió pan, vino y otros manjares; y habiendola confortado á tener paciencia y esperar en

Dios, se apartó de ella, tirando detrás de sí la puerta, la que quedó cerrada como ántes, aunque no tenía cerradura de resorte ni de aldaba. Llegando al dia siguiente el marido y abriendo la puerta con la llave, vió los restos de aquella comida, y ardiendo de cólera y rabioso, sin querer oir las disculpas de la desgraciada muger, estaba para cometer un esceso, si Dios no hubiese velado en la salvacion de aquella inocente. He aquí, que se abre repentinamente la puerta, y entra SEBASTIAN, el cual, con un semblante sério, reprendiendo fuertemente á aquel atrevido de su loca conducta, le dijo: que aquellos pocos alimentos, por los cuales se habia él puesto tan furioso, no eran sino resto de los que él mismo con sus manos habia llevado á su muger para que no muriese de hambre: díjole tambien: que ya era tiempo de concluir de una vez tantas tiranías y de mudar de vida, mandándole depusiese aquellos zelos, y guardase buena armonía con la que habia recibido de Dios por compañera, si no quería que viniesen sobre él del cielo los mas severos castigos. El terrible aspecto con que habia hablado el Beato y sus palabras, produjeron un efecto maravilloso. El marido, convertido de ferosísimo Oso en manso Cordero, se arrojó llo-

rando á los pies de VALFRE, el cual, recobrando al punto su acostumbrado aire de dulzura, lo abrazó paternalmente, lo amonestó y reconcilió con su esposa, con la cual desde aquel momento en adelante vivió siempre en perfectísima union. La resignacion y paciencia, con que aquella escelente muger llevó la pesadísima cruz que Dios quiso darle, hicieron que Dios obrase hasta milagros para mudar el corazon de su marido, y hacerla venturosa y felíz.

Me faltaría el tiempo si quisiese contar las cosas prodigiosas de este género, probadas hasta la evidencia y referidas en los procesos; y por esto solo recordaré este otro caso, que servirá de sello á la presente materia. Llenó SEBASTIAN varios sacos de pan y de otros víveres, y encargó á un arriero los llevase á los montes inmediatos á la ciudad, á una familia de labradores. El arriero, á quien no se habia dicho el nombre de esta familia, ni señalado el lugar fijo de la habitacion, rogó al Siervo de Dios le quisiese decir con claridad á donde debia ir; no habiendo podido comprender á qué pobres debia conducir aquellos manjares. A lo que respondió el Beato: *dejad pues, que el caballo vaya de por si á la montaña; y él irá á pararse á la casa de aquellas gentes á las*

que yo os mando. Así fué. El caballo, sin ser guiado, como si tuviese entendimiento, caminó en derechura á donde estaban aquellos desgraciados, los cuales, no pudiendo trabajar hacía algun tiempo, sin aquella providencia no hubieran tenido de qué sustentarse. No solamente el B. SEBASTIAN, sino muchos Santos, movidos de celestial impulso, han hecho de estas cosas que á nosotros mas bien nos parecen burlas que realidad. ¡Quien sabe si Dios ha querido de esta manera manifestár su santidad; porque ellos diligentemente procuraban esconderla á los ojos del mundo!

CAPITULO XIV.

De la humildad del Beato Sebastian.

El aprecio y la reputacion tan grande, que tenia SEBASTIAN para con todo el mundo, las gracias y dones singularísimos que habia recibido de Dios, habrian podido levantarle á alguna complacencia de sí mismo, si este digno hijo de S. Felipe no hubiese tenido siempre por compañera, guía y maestra, la santa humildad: virtud menospreciada de los gentiles, conocida de los cristianos, y sumamente amada de los

Santos. El, reconocía todo el bien de Dios; y no se atribuía otra cosa que la nada y el pecado: teníase por vilísimo, inferior á todos, indigno de estár en la Congregacion; y no habia hombre malvado, á quien no creyese en alguna cosa mejor que él. Con las mas claras señales manifestó tener en el corazon esta opinion de su persona. „Dios me ha dado y me „dá fuertes inpiraciones; (así hablaba un dia en „la conferencia espiritual); para que yo llegue „á ser su verdadero Siervo; pero, ¡desgraciado „de mí! que no sé corresponder á los divinos „llamamientos: rogad por mí, Hermanos, que „soy el mas malo de todos; aunque el mas fa„vorecido de todos. Yo merezco toda suerte „de desprecios, de oprobios, de contumelias, de „villanias y persecuciones de los hombres; y „soy acreedor á sér castigado de Dios con las „mas dolorosas enfermedades y los mas crue„les castigos; porque, hablando claramente, „Hermanos mios, mi vida ántes es de hipócrita „que de sacerdote." En otra vez hablaba en la misma conferencia en los siguientes términos. „¡Cuan vil y abatida opinion me conviene te„ner de mí propio! ¡Cuan nada debo apreciar„me! ¡O, cuan profundamente debo abatirme ba„jo los inescrutables juicios de Dios, donde no

„encuentro ser otra cosa que nada! Yo no he „hecho, que yo entienda, ningun bien; ántes „siempre he sido inclinado á los vicios: ¿y de „esto no debo concluir, que no he merecido „hasta ahora otra cosa que el infierno y el fue„go que no tiene fin? He pecado, Señor, he „pecado; tén misericordia de mí, ¡ó Dios mio! „perdóname tantas maldades." Quien esto lee, considere que era un Santo el que de esta suerte pensaba de sí.

En una grave enfermedad, hablándole el médico de las tareas que soportaba, superiores á sus fuerzas, lo exhortaba á disminuirlas, si nó por conservar su vida, á lo menos para bien de la Congregacion. A estas palabras, avergonzado todo el humildísimo SEBASTIAN, y mostrando gravísimo dolor, replicó: „¿qué es lo que „decís? yo, yo soy quien necesito de la Con„gregacion: esta no tiene, ni puede tener jamás „necesidad de mí, que soy un miserabilísimo „hombrecillo. Si yo hubiese sido despedido de „ella; (ruego á Dios con todo mi corazon, que „no lo permita jamás por su misericordia); no „me habria causado ninguna maravilla; porque „bien conozco ser indigno de estár en su seno."

Para imprimir en el ánimo de los demás sentimientos de confusion y desprecio de su

persona, solicitaba y abrazaba, cuanto le era posible, los oficios bajos y despreciables. Cuando los Felipenses del Pó vinieron á S. Eusebio, SEBASTIAN, con tres novicios suyos, quiso llevar sobre los hombres el gran cuadro de San Felipe, y pasar así de dia por las calles mas públicas de la ciudad, esponiéndose á las burlas é irrisiones del populacho y de los ociosos. Ni era menor su empeño porque lo tuviesen por necio é ignorante. Jamás habría introducido discurso alguno sobre las ciencias sagradas ó profanas, en que era versadísimo, si la autoridad de los superiores no lo hubiese obligado á esto; y aun entónces era muy reservado en hablar, y sin hacer alarde de erudiccion y doctrina, decia con mucha sencilléz su parecer; y aun usó frecuentemente el sutilísimo arte, de que hallándose con hombres doctos, en semejantes discursos, salía en lo mejor con cosas fuera de propósito; de lo que varias veces recogió el fruto que deseaba; aunque otras formaban de él un concepto mayor los que lo conocian bien, y comprendian el objeto de estos sus inocentes artificios. ¡Qué leccion esta para la juventud de nuestro tiempo! No pocos, siendo ignorantísimos, creen poder hablar de todo y censurarlo todo; pronunciar sentencia

sobre los escritores mas estimados, y, (lo que traspasa los términos de la temeridad) dar juicio de obras, que ni conocen, ni han visto jamás. ¡Qué ambicion! ¡qué orgullo! ¡qué codicia de aparecer doctos y literatos sin serlo! Yo ignoro lo que dirán estos al leer este Capítulo.

En las funciones públicas tambien se procuraba SEBASTIAN una desventajosa opinion; y esto lo solía hacer, cuando veía que era mayor el concurso de la gente que iba á oirlo. En diversos años predicó el sermon de la fiesta de S. Sebastian, tomando por argumento las zaetas con que fué traspasado el Santo Mártir; y trasportándolas al sentido moral (cosa hecha mil veces), decia, que *algunos eran heridos de las zaetas de la justicia, otros de las zaetas de la misericordia, otros de las zaetas del Santo temor de Dios;* el cual curiosísimo punto, tratado cada año casi con las mismas palabras, se divulgó de manera, que algunos en aquella fiesta solían decir por burla, *ser aquel el gran dia de las tres zaetas.* Sabiendo él que se repetia por muchos este dicho para burlar su discurso, recibía de esto un desmesurado placer. Otras veces, hablando tambien en público, sacaba el breviario y leía cualquiera testo, que él sabía muy bien de memoria, para hacer creer á los

oyentes que era falto de ella. Si iba á alguna casa, donde no era conocido, preguntado ¿quién fuese? respondia: *un sacerdote de la Legua;* dicho que en el Piamonte se toma en bajo sentido; como en otros lugares de Italia sería decir, *un sacerdote de la Campiña.* Riéndose los criados de tal respuesta, muchas veces lo hacian esperar mucho tiempo, y lo anunciaban á sus amos, cuando ya estaban cansados de verlo. Por haberse tambien presentado bajo este nombre, tuvo que contentarse con comulgar como lego, no habiendole permitido celebrar la santa Misa en Sabona, (donde se habia dirigido á pié á este fin) en la iglesia, donde está aquella imágen milagrosa de Maria Santísima; la misma que en nuestros dias (en 1814) fué coronada solemnemente por el Papa Pio VII., de inmortal memoria, en presencia de muchos Cárdenales y prelados, del Rey Victorio Emmanuel, de la Reina su muger Maria Teresa, de las Princesas sus hijas, de la Reina de Etruria y de otros nobles é ilustrísimos personages; pero la manera mas sutil que él encontró para envilecerse á si mismo, fué el publicar la bajeza de su nacimiento y el humilde estado de sus padres. *Yo soy,* decia muchas veces aun desde el púlpito, *yo soy hijo de un pobre ga-*

ñan; admitido por caridad entre los Padres del Oratorio de S. Felipe; y mis hermanos son miserables labradores. Habiase enfermado una sobrina suya, donada del monasterio de la Anunciacion, pasó SEBASTIAN á saber de ella, y hallando al médico que puntualmente hablaba de él con la Superiora, despues de haberle oido por breves instantes, interrumpió sus palabras diciendo: *si esta sobrina mia hubiese seguido á cavar la tierra, no se habria ahora enfermado.*

Debiendo venir á Turin á entrar de Monja una hermana suya con otros parientes, le vino á la imaginacion ser esta una bella oportunidad para ponerse en ridículo á sí y á los suyos: pensado, pues, lo que debia hacer, se dirigió á la Marquesa de Pancaglieri, rogándole empeñosamente le prestase su carroza; porque, debiendo llegar á Turin ciertas damas, con quienes tenia grandes obligaciones, deseaba que hiciesen su entrada con algun honor. La Marquesa oyendo esto, para honrar á esas damas, y dar gusto á VALFRE, mandó al momento su carroza de gala tirada por seis caballos, y se puso á la ventana, curiosa de ver aquella llegada. No puede facilmente imaginarse como quedó la Señora, al ver su coche lleno de labradoras vestidas pobremente: lo cierto es, que

la gente reía locamente de aquel nuevo espectáculo; y no faltaron señales manifiestas de burlas é irrisiones. Pero no fué esta la única mortificacion que él dió á las pobres mugeres. El dia que tomó su hermana el hábito, llegando en la carroza al monasterio, se hallaba SEBASTIAN en la puerta, en la que habia gran concurrencia del pueblo para ver la funcion, y mientras se apeaba con las demás, dijo en alta voz para ser bien oido de todos. *¡Podriais jamás, de ninguna suerte, soñar pasearos por Turin en carrosa, vosotras que en Verduno ni aun podiais andar en carreta?*

En el año de 1674, exponiéndose á la pública veneracion la Sábana Santa, otra hermana suya, movida de devocion, vino á la ciudad. SEBASTIAN, para que no hubiese persona noble que pudiese ignorar sus bajos principios, conocidos ya por el hecho de la Marquesa de Pancaglieri, la hizo alojar primero en el Palacio de la Marquesa de Avigliana, una de las principales damas de la Corte: despues, só pretesto de no abusar demasiadamente de su favor, la hizo pasar á otra nobilisima casa, y despues á otra; de tal manera, que pasados pocos dias, toda la nobleza de Turin conocia á la hermana del P. VALFRE. Ni trató mejor á su madre.

Habiendo esta venido á ver su á hijo, la Marquesa de San Genaro, que la habia recibido en su casa, quiso vestirla á uso de la ciudad, aunque con bastante sencilléz, haciéndole quitar el trage de labradora y el paño de la cabeza. Presentada así á SEBASTIAN, cuando esperaba ser recibida de él con señales de benevolencia y amor, oyó que le decia: *¿Quién sois vos? yo creía ver á mi buena madre, que es una pobre labradora; pero encuentro á otra muger, con la que no tengo ningunas relacionss.* El decir esto y volverle la espalda fué todo uno. Conociendo la muger el sentimiento del hijo, corrió luego á casa, y revistiéndose de nuevo de los vestidos de su clase, volvió á verle, y al momento fué recibida como un amorosísimo hijo debia admitir á una amorosisima madre.

El estado de sus parientes y la bajeza de su cuna, creyó el Beato poder servirle de un fuerte escudo que oponer á Victorio Amadeo, cuando resueltamente queria nombrarle al Arzobispado de Turin. *¡Le parece á Vuestra Alteza Real* (así le decia un dia) *que un clerigüillo, cuyos padres cavan la tierra, deba ser el Arzobispo de esta su Metrópoli?* Y llamando de Verduno á un hermano suyo, encargándole viniese vestido con la misma ropa con que labra-

ba la tierra, lo llevó á la Corte, y haciendole pasar por todas las piezas, decia á todas las guardias y gentil hombres: *¿veis? este es un hermano mio;* y así lo presentó al Soberano, el cual, advirtiendo luego la artificiosa humildad de VALFRE, le dijo: *haced, pues, P. Sebastian lo que quisiereis, envileceos cuanto os parezca; que yo de todas maneras estoy resuelto á daros este Arzobispado.* Viendo él, que estas sus ingeniosas humillaciones de nada servian, se volvió con muy afectuosos ruegos á Dios, hasta que finalmente, le vino la ocasion al Duque de nombrar á otro á aquella dignidad. De lo cual inmediatamente el Beato dió parte á Roma al Cardenal Colloredo, su protector y amigo, suplicándole rezase el *Te Deum* en el Altar de San Felipe, por la singularisima gracia que Dios se habia dignado concederle.

Pero el Beato deseaba mucho mas. El queria sustraerse á todos los oficios que concilian honor y estimacion ante todo el mundo. Por este motivo suplicó de palabra y por escrito al Duque; (lo que ya habia hecho repetidas ocasiones); que escogiese á otro por su confesor. Véase una de las muchas cartas que sobre este asunto le escribió en 1689. „Vuestra Real „Alteza, despues que se dignó nombrarme su

„confesor, sabe bien cuantas veces y de cuan-
„tas maneras le he suplicado, se dignase per-
„mitirme retirarme de tan honorífico empleo;
„por no ser peso proporcionado á mis fuerzas;
„pero yo no sé por qué V. A., que me ha
„colmado siempre de singularisimas gracias, no
„ha querido todavia consolarme en esto; si es-
„to fuese, porque cree ser virtud lo que no
„es sino verdadera ignorancia, ella urgente-
„mente me obliga á renovar mis muy reve-
„rentes súplicas, esperando que finalmente
„sean atendidas. En darme este consuelo, V.
„A. hace un verdadero bien á sí mismo, pu-
„diéndose proporcionar un confesor, que dotado
„de prudencia, de doctrina y providad, sepa asis-
„tirlo como merece. Yo me confundo Señor, y
„me avergüenzo al considerar mi pequeñez, por
„sola la cual me conviene renunciar á tanto
„honor, si deseo vivir con un poco de quietud
„en la conciencia. Le aseguro entretanto, que
„así en la Misa como en mis otras pobres ora-
„ciones, no dejaré jamás de rogar á Dios por
„la mayor prosperidad de V. A. R., á quien
„humildemente beso la mano, y me protesto
„&c.” Sus instancias ciertamente no habrian tenido nunca el efecto que deseaba, si en el año siguiente, debiendo por motivo de la guerra par-

tir el Duque al ejército, su edad y su salud le hubiesen permitido el seguirle.

No contenta su profundísima humildad con todo esto, intentó tambien descargarse del oficio de Superior de la Congregacion. Aproximándose el tiempo de la renovacion de los cargos, exhortó él á todos, en la conferencia pública, á encomendarse fervorosamente á Dios, para que les diese la luz necesaria para conocer á los mas merecedores de ellos: y despues, volviéndose á los Padres, les suplicó eligiesen á otro Superior, no siendo él bueno para nada; prometiendo en recompensa de esto, que pedia como merced, el rezar por cada uno de ellos un Rosario entero. Pero él hablaba á sordos; porque los Padres, que habian experimentado los bienes que se habian seguido á la Congregacion de tenerle por cabeza, habian resuelto firmemente confirmarlo en el grado en que estaba. Lo cual lo llenó de confusion, ocasionándole grave dolor, que procuraba desahogar lamentándose de la demasiada bondad de sus Hermanos.

En suma, el ánimo de este Siervo de Dios estaba enteramente desprendido de toda humana ambicion, y tan enagenado de aquellas cosas que podian traerle algun honor; (y particu-

larmente de los oficios que traen consigo obligacion y cuidado de almas); que despues de su muerte se halló escrito de su mano: „no to-„maré jamás oficio ó grado de honor, con es-„pecialidad si obligan á cuidado de almas; por „mas que se me diga sobre esto; porque no ten-„go las cualidades necesarias al efecto: ni me „dejaré jamás mover de este propósito; como „no se inducirá nunca á ser médico á quien „no ha estudiado medicina, ni arquitecto al que „nada sabe de esta arte. Esta resolucion, sin-„embargo, que yo propongo cumplir siempre fir-„mísimamente, no hará cambiar ni aun en la mas „mínima parte, la otra que hice apenas me or-„dené de Sacerdote; esto es, el procurar, con „la gracia de Dios, el servir siempre á todos, „segun lo permitan mis fuerzas, y con igual pron-„titud no menos á los plebellos y pobres, que „á los nobles y ricos." Estos sentimientos, así como manifiestan lo muerto que en él estaba el amor propio, así hacen resplandecer siempre mas el fuego de la divina caridad, del cual, como se ha dicho, estaba siempre encendido su corazon.